

vende su piano en 1942 y en ese mismo año publica *Por los tiempos de Clemente Colling*. Es como quemar las naves. En 1943 publica *El caballo perdido* donde evoca su niñez musical y su aprendizaje del piano. Ya en 1929, Felisberto Hernández había publicado sus primeros cuentos y había respondido con aire terco y desolado a los elogios que lo señalaban como pianista excelente. Dijo: «¡Yo quiero ser escritor!».

Durante su obra del 42 en adelante describe al piano como féretro, como animal acechante al que desea domar, como a un sarcófago, como a un doble que responde con sus dedos a los suyos tocando sus teclas como los de una máquina. El piano es además blanco y negro, como una página que es blanca y negra, como una partitura musical es blanca y negra, como esa Celina su maestra a la que describe en *El caballo perdido*: «Después venía la cara muy blanca, los ojos muy negros, la frente muy blanca y el pelo muy negro, formando un peinado redondo como el de una reina que había visto en unas monedas y que parecía un gran budín quemado». Felisberto vive amando a muchas mujeres, levantando las polleras de las sillas de su maestra de piano, levantando las faldas de sus maestras de escuela, o las de las divas del cine mudo desde su piano, el niño investiga, el niño Felisberto Peter Pan seguirá siempre buscando. Dice Felisberto: «Es angustiosa y confusa la historia que se hizo en mi vida, desde que fui el niño de Celina hasta que llegué a ser el hombre de «cola de paja». Algunas mujeres veían al niño de Celina, mientras conversaban con el hombre. Yo no sabía que ese niño era visible en el hombre. Pero fue el mismo niño quien observó y quien me dijo que él estaba visible en mí, que aquellas mujeres lo miraban a él y no a mí. Y sobre todo, fue él quien las atrajo y las engañó primero. Después las engañó el hombre valiéndose del niño. El hombre aprendió a engañar como engañan los niños; y tuvo mucho que aprender y que copiarse. Pero no contó con los remordimientos y con los engaños, si bien fueron aplicados a pocas personas, éstas se multiplicaban en los hechos y en los recuerdos de muchos instantes del día y de la noche. Por eso es que el hombre pretendía huir de los remordimientos y quería entrar en la habitación que había tenido antes, donde ahora los habitantes de la sala de Celina habían iniciado la ceremonia. Pero la tristeza de que en aquellas estirpes no lo quisieran y que ni siquiera lo miraran se agrandaba cada vez más, al recordar algunas personas engañadas. El hombre las había engañado con las artimañas del niño; pero después el niño había engañado al mismo hombre que lo utilizaba, porque el hombre se había enamorado de algunas de sus víctimas. Eran amores tardíos, como de lejana o legendaria perversidad. Y esto no fue lo más grave. Lo peor fue que el niño, con su fuerza y su atracción, logró seducir al mismo hombre que él fue después...». «Ahora yo soy otro,

quiero recordar a aquel niño y no puedo. No sé cómo es él mirado desde mí. Me he quedado con algo de él y guardo muchos de los objetos que estuvieron en sus ojos; pero no puedo encontrar las miradas que aquellos ‘habitantes’ pusieron en él». Así termina *El caballo perdido* de Felisberto Hernández y con él, su pretexto para evocar aquellos años junto a Celina, su maestra de piano, la mujer que lo inicia en el tocar. El piano volverá a Felisberto en 1960, luego de una breve incursión en la comedia musical *Caracol-col-col*, que fue su vuelta al escenario. A partir de allí, él elaborará el proyecto de un gran concierto que jamás podrá concretar, porque la muerte lo encuentra antes.

En ese mismo año escribe *La casa inundada*, donde Felisberto dice: «Las manos de la memoria se hunden en un agua desconocida y allí se pierden». Pienso que se pierden en el agua madre de los recuerdos, esa agua madre de la memoria, esa madre presente en todas las mujeres de Felisberto, ese líquido amniótico, misterio primario «mercurio de los alquimistas, el retorno a los orígenes a ese más allá de la infancia, cuando todo era un enigma a descifrar». Como ven son muchos los enigmas en Felisberto. Y digamos que por hacerle una broma final a Felisberto diría: él vive evocando lo felices que éramos con mamá antes de conocer a papá. Esto nada más para que Felisberto no se aburriese de este artículo y dijese: «dejé la cara y me fui».



En breve se publicará

# LA JOVEN VENUS



Precio: 3 pasetas